

La seducción del vampiro

Raven Hart



Traducción de Laura Rodríguez Gómez



PANDORA

Título original: *The Vampire's Seduction*
Primera edición

© Raven Hart, 2006

Ilustración de portada: © Pure/nonstock y Tom Need/Getty Images

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-546-2 Depósito Legal: B-620-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Energía, 11-27

08850 Gavà (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 3

A todos aquellos que aprecian a los que vagan en la noche.

Agradecimiento especial a:
Donna Sterling y Debra Dixon.
Sois las mejores.

Interpretando a Jack: Susan Goggins.

«El tiempo, como un arrollo incesante,
Arrastra consigo a todos sus hijos;
Vuelan, olvidados, como muere un sueño
Al romper el día».

Isaac Watts

Savannah, Georgia
2005 d. C.

Carta de William, un vampiro

Me llamo William Cuyler Thorne. He sido soldado, intelectual, gandul y mujeriego. Pero supongo que lo más importante es que, entre todas las cosas que he sido, sigo siendo un asesino implacable de hombres. Un depredador.

También he tenido mi ración de mujeres, en momentos de ira y por lástima, por hambre o simplemente por vanidad. He besado los labios de algunas de las cortesanas más bellas del planeta antes de pasar a necesidades más básicas. Pero la sangre azul de mi ascendencia salvaje, que corre fría por mis venas, siempre me pide calor y vida. Alimento.

Soy un bebedor de sangre.

He recorrido la Tierra durante quinientos años, década arriba o abajo. Durante doscientos de esos años, por razones de parentesco, me vi obligado a cazar con mi maestro, un salvaje degenerado merecedor de un justo estacazo.

Recuerdo cómo era ser humano, de lo que ya ha pasado tanto tiempo que siento la vibración del dolor mortal como el tirón desesperado de una cuerda cayendo en una tumba sin fondo. El tirón ya no me hace vacilar. Soy inmortal, estoy bendito y maldito.

Al principio de mi inmortalidad me alimentaba como soldado y desde entonces he visto como innumerables hombres encontraban la muerte.

Cuando siento deseos de matar, soy un noctámbulo armado con dientes que rasgan la carne como los perros de guerra romanos y con las garras afiladas de los cuervos carroñeros que sobrevuelan en círculo el campo de batalla. Mato al más débil, encuentro la vida en los moribundos y me alimento de los restos de la estúpida predilección de los hombres por la conquista.

Los ingleses y los franceses me alimentaron durante casi dos siglos con sus riñas intrascendentes; pero luego puse mis miras en Estados Unidos y en una sangrienta revolución en la que unos hombres le arrebataban un país a otros. Al ser parte escocés y parte inglés de nacimiento, debería haber preferido a los casacas rojas, como los llamaban mis rebeldes vecinos del Nuevo Mundo. Pero la sangre de los revolucionarios resultó ser una cosecha más salvaje, más vital y nutritiva. No soy un vengador ni un justiciero. Tampoco soy el asesino sádico que querían que fuese cuando me crearon. No soy más que el último rostro espectral que ven los soldados al morir en el oscurecido campo de batalla antes de perder la consciencia.

En el invierno de 1778 llegué a Savannah, una ciudad que es como una flor marchita. Traje conmigo un buen suministro de oro y la ayuda implícita del apellido británico que acababa de elegir, Thorne. Los ingleses habían tomado la ciudad ese mismo año y no tenía razones para discutir con ellos. Había demasiado derramamiento de sangre como para moverse. Me he quedado en la zona de Savannah por muchas razones, entre ellas otras guerras sanguinarias, pero no veo razón para exponer mis motivos. Digamos simplemente que la ciudad y su oscuro secretismo me van como anillo al dedo. Igual que el invierno.

En estos climas sureños, el verano llega con un calor opresivo que alimenta el deseo de matar incluso en el corazón humano. Por ser como es la naturaleza humana, sus habituales derramamientos de sangre constituyen para mí una fuente de alimento constante y golosa. Las pasiones afloran y los humanos mueren. Hay que decir algo sobre el término «estadounidense ferviente», y es que puedo sentir su furia como un tiburón que rastrea una gota de sangre en la marea menguante.

Y así abandoné la vida errante de los perros de guerra y ahora vivo en esta ciudad junto al mar. Los tiburones y yo somos hermanos. No le tienen miedo a nada y patrullan la oscuridad del mar como centinelas silenciosos que esperan el aroma de los abandonados y los moribundos, una repentina descarga de desesperanza que los atraiga para la matanza. Mi vida es la de un caballero: asisto a los eventos sociales nocturnos, fumo puros, bebo oportó en antros de juego privados o en burdeles exclusivos y recorro las calles oscuras para alimentar mi destino.

De mi ciudad de adopción poseo todo lo que deseo. La casa de mis ancestros (ya que yo soy mi propio ancestro) ocupa una manzana de la plaza Houghton. Todo el bloque es mío, junto con una larga lista de negocios situados a la orilla del río. Para mí la empresa es, básicamente, una manera agradable de divertirme y ocupar la mente y, al mismo tiempo, la orilla del río me proporciona acceso privado a un muelle cercano al puerto de Savannah.

Hasta los monstruos a veces se toman vacaciones.

Puede que también queráis saber algo sobre mi pasado y sobre el número de humanos en los que confío. No estoy de humor para hablar de eso aquí. Y por supuesto, no divulgaré mi verdadero nombre ni dónde duermo cuando el sol está en lo más alto y hace más calor. Mis secretos son míos, como lo es la recompensa por mi corazón oscuro y traicionero. Sólo he escrito estas pocas líneas para advertiros de que hay otros seres que caminan junto a vosotros. Seres que no podéis comprender ni imaginaros. Cuidado con los extraños, no os vayáis a llevar una sorpresa.

Savannah, Georgia
2005 d. C.

Carta de Jack, un vampiro

Me llamo Jack McShane y me han pedido que diga lo que recuerdo de cuando era humano. De mis días antes de conocer a William.

Recuerdo el hambre y la lucha.

Recuerdo un niño cuyas tripas vacías rugían día y noche. Soñaba con comida, con montañas de pan y de carne que llegaban hasta el cielo, con fruta de huertos infinitos, con coles y patatas de campos kilométricos. Tenía visiones con montones de mantequilla y huevos que bendecir en la mesa, de hermanos y hermanas gordos y de una madre con las mejillas rosadas. Ahora ni siquiera recuerdo sus caras. Joder, apenas me acuerdo de la mía. Lo único que recuerdo son las mejillas hundidas, los ojos lánguidos y los cutis apagados. Y el llanto ahogado de mi madre por aquellos de nosotros que no conseguían sobrevivir.

No me pasaba los días jugando a las canicas o al «tú la llevas», como se supone que han de hacer los niños. Mi padre, un inmundo granjero inmigrante, no parecía conocer una manera distinta de criar a sus hijos que tratarlos como a los esclavos que no se podía permitir tener. Antes de marcharse a Estados Unidos había buscado y luchado por conseguir comida en el infierno urbano, frío, húmedo y cubierto de hollín de Belfast, corriendo por callejones adoquinados y esquivando tendales de ropa sucia y montones de basura mientras intentaba no ser visto por chicos más mayores, tan desesperados y hambrientos como él.

En esta nueva tierra que prometía abundancia, mis hermanos, mis hermanas y yo, los que sobrevivimos, fuimos criados a base de gachas de maíz y de palizas despiadadas mientras no dejaban de repetirnos lo afortunados que éramos. Mi padre me pegaba por no ordeñar lo suficientemente rápido, por robar una manzana que no se podía vender o por ayudar a mis hermanas a recoger su parte del algodón. Mi madre era poco más que el esqueleto, sin voluntad ni fuerza para enfrentarse a la mano de hierro de mi padre. Cuando fui lo suficientemente mayor para defenderme, lo hice. A los diecisiete años pensé que sería mejor marcharme antes de que uno de nosotros acabase matando a otro y hui a la gran ciudad de Savannah, donde trabajé como peón de carga en el puerto.

Poco después de que consiguiese llenar el estómago y tener un dólar en el bolsillo, llegó una guerra que me condenó de nuevo al hambre y a la lucha. Un cruel bloqueo acabó con el trabajo y dejó a los pobres peones sin otra posibilidad

que la de unirse a la Confederación. En 1864, lo único que nos quedaba eran algunos mendrugos de pan llenos de bichos y agua caliente que había tenido un leve contacto con posos de café.

Después de que el demonio de Sherman incendiase Atlanta, su ejército puso rumbo al mar en el ferrocarril de Georgia Central. A tres brigadas de la milicia de Georgia nos ordenaron que les cortásemos el paso a los federales que se dirigían a Augusta, para apoderarnos de su arsenal y de su fundición. Fue entonces cuando nos encontramos con el general Charles Walcott y sus hombres, parte del flanco derecho de Sherman, que no se dirigían a Augusta sino a Savannah.

El general de brigada Pleasant J. Phillips, el cabrón con el peor nombre con el que me he encontrado,¹ nos ordenó cargar en un campo abierto colina arriba contra las tropas de la Unión atrincheradas tras un terraplén del ferrocarril. Temblando tanto de ira como de miedo, miré a mi alrededor para ver lo que quedaba de la milicia de Georgia: un puñado de hombres sanos como yo y cientos de viejos y de chicos. Me apetecía dispararle a aquel idiota de Phillips, pero cuando oí la corneta empecé a atravesar corriendo el campo con mis camaradas. Recuerdo mirar los cañones de los rifles de repetición Spencer de los yanquis y pensar que no había sobrevivido al hambre y a palizas inhumanas para acabar con una bala en la cabeza.

Entonces vi un destello cegador y sentí un golpe en el estómago que me hizo caer al suelo mojado.

Lo siguiente que recuerdo es que era de noche y que volvía a sentir ese rugido familiar en mis tripas. Pero no era hambre, sino una herida abierta en el tórax de la que brotaba sangre a cada latido de mi corazón moribundo. Entonces, esto era todo. Todo lo que había luchado por sobrevivir se había reducido a desperdiciar mi vida en un campo pantanoso rodeado por los restos de la masacrada Confederación. Cuando se acercaba mi último aliento, maldije el cielo como lo había hecho en mi juventud, sin importarme si eso me condenaría al infierno, que sería lo más probable.

Justo después sentí algo junto a mí, algo cálido y frío al mismo tiempo, vivo pero no del todo. Algo malvado... y ansioso. Luego estaba gravitando sobre mí, con los ojos brillantes como los de un perro del averno, con el rostro y los colmillos empapados de sangre.

Era William.

—Ya no puedes salvarlos —dijo señalando los cadáveres de mis camaradas tendidos a mi alrededor—. ¿Quieres vivir? —me preguntó.

Sí quería.

¹N. de la t.: *Pleasant* significa «agradable» en inglés.

—¿Juras servirme mientras existas en la tierra? —preguntó.

—¿Alguna vez pasaré hambre? —le pregunté.

Y él dijo:

—No, en nombre de lo profano, no será así.

—Entonces acepto.

Eso es lo último que recuerdo de mi vida mortal. Y como se suele decir, el resto es historia.

Savannah, Georgia
Octubre de 2005

William

La inocente estaba desnuda, tumbada sobre una mesa elevada tapizada en cuero, con las muñecas y los tobillos atados. Llevaba una capucha de ejecución de raso negro atada bajo la barbilla que le cubría la cara pero dejaba el cuello al descubierto. Estaba sujeta con estacas como un chivo expiatorio listo para ser devorado y no podía verme. Incluso en el silencio de la habitación aislada oía su respiración, veía el ligero ondear del raso mientras jadeaba, como un pájaro. Y en ese pequeño espacio, podía oler su miedo.

Mi anfitriona, Eleanor, la propietaria de la casa de la calle River, comprobó dos veces que la chica estaba bien sujeta y luego dijo con una risita:

—La cena está servida.

—Ha llegado mi hora de ser el vampiro —respondí con un tono frívolo pero diciendo muy en serio cada una de mis palabras.

El cordero que estaba en la mesa conocía mi voz. Arqueó la espalda con un suspiro de intranquilidad, tirando del cuero, ofreciéndose, deseosa.

La chica tendría que esperar. Esperar formaba parte del juego y no la decepcionaría.

Me giré hacia mi anfitriona y le sostuve la mirada. En respuesta, mi Eleanor, ella, la que debe ser obedecida, miró hacia abajo como una virgen humana y tímida. Una artimaña en el mejor de los casos. Ella era humana, pero aunque realmente me temiese, nunca lo había mostrado. Su falta de sentido común era una de las cosas que me atrajeron de ella desde el principio.

—Acabará pronto, en cuanto haya terminado con esta —dije. Recorrí con mi dedo el borde del vestido de Eleanor y luego la cola de la serpiente enroscada que tenía tatuada en el pecho a la altura del corazón. Sus latidos luchaban contra el peso de mi dedo, anticipando nuestro juego.

Se apartó y se giró, y el encaje caro de su vestido emitió un leve silbido. Luego volvió la vista atrás sobre su hombro desnudo con una sonrisa en los labios, como si fuese la mismísima amante gitana del demonio.

—Tómate tu tiempo. Tenemos toda la noche.

Eleanor abandonó la habitación y el sutil aroma almizclado de la promesa de sexo la siguió mientras cerraba la puerta y echaba el cerrojo tras de sí.

Volví a centrar toda mi atención en el manjar que tenía ante mí. Mi cuerpo, hambriento, no se había olvidado de ella ni por un momento. Podía sentir como mis propias venas frías se relajaban, se calentaban, anticipándose a la ingesta. Aun así me resistí. Me acerqué a la mesa elevada con paso lento.

—Hola, bocadito —dije mientras empezaba a desabotonarme la camisa. No tenía sentido manchar de sangre la tela. Además, es mucho mejor que la carne toque la carne. Es más fácil de limpiar luego, una gentileza de los empleados de Eleanor.

Dejé que la tela resbalase de mis hombros y la até alrededor de sus muslos desnudos. Ella tembló al sentir el contacto.

—Hola —respondió con un débil susurro.

Pasé lentamente las puntas de mis dedos desde su vientre hasta el corazón y acaricié su pecho izquierdo.

—¿Llevas mucho esperando? —le pregunté, mientras observaba ausente como se endurecía el pezón al contacto con mi piel fría.

—Desde siempre —dijo aquella voz susurrante.

Deslicé la mano hacia arriba hasta que mis dedos rodearon su cuello. La gruesa arteria carótida latía contra la palma de mi mano y tuve que resistirme para no adelantarme. Estaba extremadamente vacío, necesitado.

Y bajo su pálida piel había... sangre. Cálida y vital. El mínimo pinchazo la haría fluir en mi boca llenándome, intoxicándome, redimiéndome. Incliné la cabeza hacia su mano izquierda, que tenía atada a una arandela de metal, y metí uno de sus dedos inquisitivos en mi boca.

Ella saltó y gimió cuando lo mordí y lo succioné. Una degustación de prueba.

—Por favor... —me rogó.

Sabía a vida, me mareó. Un hormigueo de lujuria recorrió mi piel y cerré los ojos contra el vacío de mi interior, que pedía más a gritos. «Bébela toda», oí susurrar a la despiadada voz de mi maestro. Y podría hacerlo, actuar como un niño glotón y aun así no quedar saciado. Pero no lo haría, tenía mis razones. Pasé la lengua sobre la pequeña herida para cerrarla, preparado ya para pasar a mayores satisfacciones.

—¿Solo por favor? —dije—. ¿Por favor qué? —le pregunté, jugando con ella. Todavía no.

Los humanos siempre desean negociar por su placer, y por su dolor. Los depredadores del mundo se saltan la negociación. Toman lo que quieren cuando quieren, las víctimas están condenadas. En mi caso, ir despacio era una tortura con la que ambos disfrutábamos.

Me acosté junto a ella sobre la mesa y acerqué la cara a su mejilla cubierta por el raso. Estábamos respirando el mismo aire, dos criaturas que ansiaban lo que

el otro le podía dar pero que nunca se encontrarían fuera de esta habitación. Solo las voces, los suspiros. Los latidos del corazón... *tac... tac... tac...* Y el sabor.

—¿Por favor qué? —le dije de nuevo muy bajito pegado a su oreja.

En lugar de responder, ella miró hacia el lado contrario mostrando... no, ofreciendo su cuello hermoso y latiente. Me dolía la mandíbula de las ganas de morderlo. Pero en lugar de hacerlo, le pasé la lengua desde la clavícula hasta el lóbulo de la oreja, haciéndola saltar de la sorpresa. Podía ver las cicatrices apenas perceptibles de otras noches, de otros ofrecimientos. A esta no era necesario calmarla con visiones dulces para distraerla. Ella esperaba dolor, lo quería, negociaría por él. Se arriesgaría incluso a morir por su placer malsano. Pero este era mi juego y la complacería cuando yo quisiese.

Y ese momento había llegado.

Por fin ambos tendríamos lo que deseábamos. Coloqué la fría palma de la mano derecha sobre su corazón e hice presión. Su jadeo pronto se convirtió en gemido al morderla con fuerza, sujetándola con los dientes. En su mundo de dolor, emití un gorgoteo y luego se encorvó contra el peso de mi mano mientras su dulce sangre fluía hacia mi boca. Era intensa. Intoxicante. No estaba seguro de que supiese lo delgada que es la línea entre la vida y la muerte y lo fácil que habría sido para mí succionar hasta detener su corazón vacío... obsoleto. Si supiese que la muerte había venido de visita, ¿me rogaría que parase? ¿Me suplicaría?

Como haría cualquier caballero, me contuve. Mientras la espesa esencia de vida brotaba a borbotones dentro de mí, me concentré no en los cambios de mi cuerpo, sino en los del cuerpo del cordero.

Sangre a cambio de dolor... ese era nuestro pacto corrupto.

Pasé las uñas por sus pechos, levantando verdugones y un rasguño sangrante justo debajo de un pezón. Sus lágrimas, que brotaban bajo la capucha de raso, se mezclaron con pequeñas salpicaduras de sangre y me entraron en la boca. Me hicieron desear morder más fuerte a sabiendas de que ella nunca, jamás, me pediría que parase.

Sangre a cambio de dolor y placer.

Cuando estaba rayando los límites que yo mismo me había impuesto, me deslicé hacia abajo y puse la mano entre sus muslos y hundí mis dedos húmedos y cálidos en su sexo.

Su orgasmo espasmódico envió un último y excitante chorro de sangre a mi interior como pago y luego me retiré, lamiendo los pinchazos para recoger las últimas gotas antes de dejarla. Saciada y demasiado débil para moverse o pedir ayuda, se quedó quieta. Solo la capucha de raso se movió cuando susurró:

—¿Cuándo puedo volver?

—Cuando te llame.

—Haré lo que tú quieras...

—Sí, bocadito, lo harás.

¿He mencionado que esta ciudad junto al río, Savannah, es mía? Es mi hogar, mi santuario. La conexión permanente entre mi existencia y la oscuridad vacía que hay más allá. A Savannah la llaman, muy acertadamente, el lugar más encantado de Estados Unidos. Aquí se ha derramado sangre, y algunas veces lo he hecho yo. Sin embargo, hay que decir que los humanos no han necesitado ayuda para sus carnicerías. Guerra tras guerra han demostrado que es una tarea que se les da bien. La sangre vertida en el pasado permanece densa y húmeda sobre las calles adoquinadas y los jardines salvajes de Savannah, igual que la niebla densa que cubre una tumba. El efecto puede llegar a ser... sofocante. Sin embargo, los que viven aquí están acostumbrados a lo poco habitual. En ocasiones, en los equinoccios o el día de todos los santos, los espíritus recorren descaradamente las calles y los mundos que no se ven abren sus puertas invisibles bajo la oscuridad de la luna.

Pero quizá todo eso sean tonterías. Los humanos pueden ser muy fantasiosos a veces. ¿Yo? Yo soy realista. Veo más allá del encanto y del glamur, de los humanos y de los no tan humanos. Camino en la oscuridad atravesando la historia de la ciudad, que no se detiene ante nada, al compás de los invisibles. Los fantasmas no me estorban porque estoy muerto y llevo unos zapatos de setecientos dólares.

Pero esta noche, ahora que ya he comido, lo único que me interesa es el sexo. Escaleras arriba me espera mi Eleanor. Ella fue quien juró matarme, si pudiese. Sin llamar, giro la manilla y abro su puerta privada. Tenemos seis horas hasta el amanecer. Que empiecen los juegos.

Hay velas que huelen a magnolia por toda la habitación. Aun así puedo olerla. No necesito la luz de las velas para encontrarla. Reconocería el latido tan característico de su corazón en la oscuridad de una mazmorra. Tiro la camisa sobre la silla estilo reina Ana que está situada estratégicamente frente a la cama y dudo antes de sentarme para sacarme los zapatos.

Hay gente a la que le gusta mirar. Pero esta noche no.

La cama, mullida como una nube, se ha despojado de sus rasos y sedas habituales. Esta noche hay para mí algodón egipcio tan blanco como la nieve. He de admitir que una salpicadura de sangre roja sobre un blanco prístino todavía me pone, como se dice ahora. Sobre todo cuando la sangre es mía.

Todos tenemos nuestras perversiones, incluso los no muertos.

Flexiono los músculos calientes de la espalda, ofreciendo el objetivo perfecto, antes de ponerme en pie para quitarme los pantalones. Es demasiado pronto, lo sé. Pero tal vez ella me sorprenda esta noche. Es francamente difícil sorprender a un ser que ha vivido durante cinco siglos. Sin embargo, siempre me gusta darle ventaja a Eleanor, por si acaso. Después de eso, dependo de su entusiasmo.

Desnudo, me tomo mi tiempo para tumbarme en la enorme cama. Mi cuerpo hierve de energía y lujuria. Dormir es lo último que se me pasa por la cabeza.

—Eleanor... —susurro—. Sal, sal, ¿dónde estás...?

En medio del silencio oigo como contiene el aliento, pero no se mueve. En un gesto de fingido aburrimiento, coloco los brazos bajo la cabeza dejando al descubierto mi pecho y exponiendo mi negro corazón inmortal a su antojo. La habitación está cada vez más silenciosa. Mi Eleanor contiene la respiración antes de erigirse como una exquisita víbora tatuada desde el suelo, junto a la cama. Su precioso cuerpo está desnudo, excepto por la obra de arte y por los mechones rizados de su pelo negro. Hipnotizado por la promesa ardiente de sus ojos oscuros, un hombre podría no fijarse en sus manos ocultas. Pero yo no soy un hombre, hace mucho tiempo que no lo soy, y sí me doy cuenta. Aunque eso no me detiene para atraerla con mis ojos y mi voluntad.

Lentamente, en un acto de sumisión, lleva las manos hacia delante y me las enseña con las palmas hacia arriba. Están cubiertas de *henna* y libres de armas. Luego me pone los dedos encima, provocándome, seduciéndome. Después la boca. Conoce bien su profesión, después de todo. Y ambos conocemos el juego. Su habilidad seduciendo es legendaria. Pero para mí hay algo más que eso para mí, y solo para mí.

Haciendo equilibrios, se coloca sobre mí y se desliza sinuosamente hasta que estamos cuerpo contra cuerpo. La suavidad de mi pecho contra sus senos, el calor de un sexo contra otro. Cuando su boca alcanza mi boca, introduce la lengua como un dardo, siguiendo a la mía, tocando los dientes y los colmillos y siento como la invade la excitación. Prueba la sangre y quiere más. Sería mía durante todo el futuro sombrío si se lo pidiese. Pero sabe que no lo haré. Tengo un antiguo odio que debo matar de hambre y desafiar. Además, la muerte permanente tiene las mismas posibilidades que la esperanza de la inmortalidad, y no correré ese riesgo, por su bien.

Y posiblemente también por el mío. Que ya esté maldito no significa que no tenga conciencia.

Cuando roza la lengua contra el filo de mi colmillo, saboreo su sangre, su mayor provocación. Y el sabor de sus pretensiones enciende mi sed de sangre como una hoguera prometedora. Si no tengo cuidado, conseguirá, con mi bendición, matarme. Eso, o bien obligarme a matarla.

Le chupo la lengua y lleno con su esencia mis sentidos ya aturdidos. Se aprieta contra mí, más fuerte, y a continuación mueve la parte inferior de su cuerpo y me acoge en su interior. Estamos encadenados en un baile silencioso y primitivo de sexo y muerte. Ambos vamos al límite.

Me mira descaradamente a los ojos. La mayoría de los humanos no tienen las agallas de mirar a la muerte a la cara. Dice que soy hermoso, y a sus ojos debo de serlo, aunque yo no recuerdo mi rostro. No he visto el brillo etéreo de mi mirada sin alma.

Mi reflejo se perdió la noche de mi transformación.

—Mi hermoso ángel asesino de ojos verdes —me susurra.

Luego me provoca con una sonrisa melancólica.

—¿O eres el diablo con rostro de galán de cine que ha venido a robar lo que me queda de alma?

Entonces es cuando siento un cambio en su concentración, en el movimiento de sus manos. Una se desliza por mi pelo, arrastrando sus uñas afiladas por mi cuero cabelludo, mientras que la otra me deja poco tiempo para prepararme. En un reflejo, mi mano izquierda rodea su cuello y la levanto. Podría matarla apretando los dedos, aún sentada a horcajadas sobre mis caderas, con su tenso calor rodeándome, con los brazos levantados sobre la cabeza sujetando una estaca de fresno con grabados. Objetivo: mi corazón.

Con nuestras miradas entrelazadas, veo que es casi la horma de mi zapato. No porque sea más fuerte o más inteligente que la mayoría de los humanos, sino porque ha conseguido lo que pocos han logrado a lo largo de los siglos. Ha encontrado una debilidad en mi defensa. Eleanor ha descubierto mi fascinación por morir. Por cambiar una versión no muerta del infierno por otra.

Su pecho sube y baja al intentar respirar mientras le sostengo el cuello. A la luz de las velas el tatuaje de la serpiente parece deslizarse y cobrar vida en su piel. Cleopatra se puso una serpiente en el pecho... y eso la mató. Hago una pausa, disfrutando del deseo de matar casi tanto como la excitación de estar erecto en su interior. Por primera vez en nuestro juego, estoy más excitado que ella.

Con un grito, hace descender la estaca.

Para mí, su movimiento se desarrolla a cámara lenta, como en un sueño. Esos pocos segundos se convierten en minutos en mi percepción alterada. Esa hermosa capacidad me permite disfrutar cada aspecto de la acción, desde la pequeña sonrisa que precede al grito a la forma en que los músculos de su pecho cambian, haciendo que parezca que la serpiente está atacando al moverse.

La estaca me penetra la piel y golpea mi esternón antes de quitársela de las manos. Ambos respiramos como si hubiésemos corrido una carrera. El dolor de la herida es mínimo y el temblor que me sacude hasta los huesos tiene más de anhelo y odio. Detesto la debilidad que me hace anhelar la muerte, la suma final de mi ecuación rebelde. Y esta mujer comprende ambas cosas.

La mirada de Eleanor brilla triunfante cuando pasa un dedo por la sangre que fluye de mi pecho. Igual de seductora, se lleva el dedo a la boca y lame la prueba de mi debilidad. Ya sabe lo que viene a continuación, igual que yo.

Ira, sexo y algo parecido a la sumisión por mi parte, ya que no puedo parar. No le permitiré beber de mi herida, solo de mi lujuria. La atrapo bajo la jaula que forman mis brazos. Ahora me toca a mí provocarla con unas caricias prolongadas en su interior hasta que pida más a gritos. Al sentir cómo va tomando forma su orgasmo, que a su vez alimenta el mío, llevo la boca a su cuello y atrapo su piel con mis dientes. Esta vez el grito es más fuerte y mecánico. Muerte o vida, ambas parecen ser el placer en este momento. Ella y el cordero tienen más en común de lo que creen.

Mientras sujeto a Eleanor, penetrándola pero sin alimentarme, con las manos rasgando las sábanas para aliviar los espasmos que desgarran mi cuerpo totalmente vivo, me siento casi humano. No es un pensamiento especialmente

enriquecedor, ya que los humanos tienen tantos... defectos. Pero una vez fui humano y durante ese breve momento, fui feliz.

Jack

Bajé la ventanilla del camión grúa y dejé que el aire fresco me diese en la cara, pisé a fondo el acelerador y deseé que la máquina fuese tan rápida como mi Corvette 327 descapotable del 65. Encendí la radio, que estaba sintonizada en una emisora de *country* clásico. Merle Haggard cumplía veintiuno en prisión, viviendo la vida sin libertad condicional. La vida. Vaya concepto.

Remolcaba un coche que un cliente había dejado averiado en el arcén a pocos kilómetros de la ciudad. Había salido pitando hacia el calor de su hogar tras llamar a un amigo por el móvil para que lo viniese a buscar. No le culpaba. Uno nunca sabe qué clase de monstruos se puede encontrar cuando se queda tirado solo en una noche oscura fuera de la ciudad. Sobre todo en una ciudad tan llena de chanchullos sobrenaturales como Savannah.

Incliné la cabeza hacia atrás para que me diese más viento en el pelo. Se podría decir que, igual que muchos típicos sureños, necesito la velocidad. Creo que estaría en el circuito de Nascar² si pudiese mostrar mi rostro a la luz del día. Pero en lugar de eso tengo que contentarme con la noche del aficionado, conduciendo bajo la luz de la luna por los sucios caminos del sudeste de Georgia y por las carreteras asfaltadas de las afueras de Savannah. Soy algo así como una leyenda entre los pescadores de camarones y las ratas de río que han vivido durante generaciones en las chabolas que salpican los bordes de los bosques de pinos. Piensan que soy un espectro y que mi Corvette es un coche fantasma.

¿Quién puede culparles? Sus padres y abuelos les han contado historias sobre mí durante todos estos años. Antes de que hubiese coches me veían todo vestido de negro, con espuelas de plata a lomos de un enorme caballo negro. Los arreos estaban tachonados con plata mejicana y la forma en que brillaban bajo la luz de la luna le ponía los pelos de punta a cualquiera que tuviese la mala suerte de viajar por los caminos de noche. En la actualidad me ven pasar a toda velocidad sobre cuatro Goodyear de primera mientras pescan a la luz de la linterna en los canales navegables intracosteros. Pero no se molestan en llamar a la poli. No pudieron atraparme en todos los años en que gané una fortuna vendiendo güisqui de contrabando y tampoco lo harán ahora.

Casi en ese preciso instante, oí una sirena que se acercaba por detrás. ¡Maldita sea! Si hubiese ido en mi Corvette les habría hecho morder el polvo. Soltando sapos y culebras por la boca, me aparté al arcén arenoso y esperé.

² N. de la t.: Siglas de «Asociación Nacional de Carreras de Automóviles de Serie» en inglés.

—Buenas noches, Jackie —dijo una dulce voz, así que me relajé y dejé que fluyese sobre mí.

Era la agente Consuela Jones, del departamento de policía de Savannah. Me iluminó con una linterna como si no estuviese del todo segura de quién era. Entrecerré los ojos y esperé que no notase la forma tan poco humana en que mis pupilas se convertían en tiras alargadas con la luz brillante.

Conocía a Connie desde que había llegado a Savannah. La conocí una noche cuando se presentó en el lugar de un accidente en el que había destrozado otro de mis descapotables.

Había girado bruscamente para evitar chocar con un caimán en la carretera a Tybee y salí despedido del coche. Ella llegó allí antes que la ambulancia y estaba tan convencida de que estaba muerto que ni siquiera me buscó el pulso. Qué suerte, Jack. El hecho es que nunca tengo pulso y habría sido difícil de explicar por qué volví en mí. Igual que lo sería explicar cómo volví a recolocarme el cuello. Normalmente no soy tan descuidado, pero le di la espalda cuando me incorporé. En ese momento tan raro, no había sentido a ningún humano a mi alrededor, así que, sin que yo me percatase, vio como me agarraba el cuello y me lo colocaba. Algo parecido a cuando enderezas un dedo en el que te haces daño jugando un partido de baloncesto.

Solo me di cuenta de que estaba allí cuando la oí soltar un grito ahogado. Cuando me preguntó cómo lo había hecho, le dije que había sacado la idea de la película *Arma letal*, en la que Mel Gibson se coloca él mismo un codo dislocado. No se quedó demasiado convencida y desde entonces no me quita ojo de encima. Sabe que soy diferente, pero no se puede imaginar cuál es la diferencia. Como trabaja en el turno de noche se pasa por el taller de vez en cuando para echar un vistazo, o simplemente para pasar el rato. Me gusta pensar que nos hemos hecho amigos, aunque no pierdo la esperanza de llegar a tener una relación más cercana y cálida, ya me entienden.

La invitaría a salir, pero estoy seguro de que no confía en mí. Sabe que hay algo raro en mí, algo anormal. Sin embargo creo que tampoco sabe que ella tiene algo especial. Es extraño que no pueda ver ni oler su condición de humana, como ocurrió la noche en que la conocí. Y aun así, tampoco huele exactamente como un cambiaformas. Quizá sea algún tipo de raza mestiza. Sea cual sea la mezcla, no se da cuenta de que no es cien por cien humana. También es muy extraño que solo trabaje de noche. Tiene que haber una razón para ello, pero por aquí es mejor no hacer demasiadas preguntas.

Esa noche estaba especialmente guapa y llevaba su larga melena negra atada en una trenza que le bajaba por la espalda. Y, como siempre, ese uniforme le quedaba genial, sobre todo la camisa ajustada. Llevaba un revólver de servicio estándar donde siempre, sobre el lado derecho de la cadera, y la placa emitía un brillo azul plateado al reflejarse en ella las luces del coche patrulla. Una mujer de la autoridad. Tranquilo, inhumano corazón.

—Pero si es mi agente de policía favorita.

—Los piropos no te llevarán a ningún sitio con la ley. —Me sonrió con pereza y luego me guiñó el ojo despacio en un gesto sexi mostrándome sus espesas pestañas—. Voy a tener que ponerte una multa por exceso de velocidad.

Sacó un bolígrafo del bolsillo de la camisa y humedeció deliberadamente el dedo índice para pasar una hoja en la libreta de multas.

Le guiñé un ojo.

—¿Estás segura de que no quieres cachearme?

Inclinó la cabeza hacia abajo mientras escribía, pensando que no podía ver su sonrisa bajo el ala de charol de su sombrero.

—No será necesario.

—¿Un registro al desnudo?

—Ni se me ocurriría violar tus derechos civiles.

—Me refería a ti.

—Cuidado, podría detenerte por acoso sexual.

—Pensé que era un asunto civil.

Arrancó la multa y estiró el brazo para metérmela en el bolsillo de la camisa, haciéndome cosquillas en el pecho a través de la tela con el dedo que antes había lamido.

—Bueno, estoy segura de que podría encontrar la manera de hacértelo pagar. Conduce con cuidado, señor McShane.

Y luego se dio la vuelta y me invitó a ver cómo se marchaba. Me reí y regresé al asfalto. Podía cobrarse cuando quisiera.

Las féminas humanas son un poco problemáticas, pero las vampiras no existen, según tengo entendido, así que, ¿qué va a hacer un chico como yo? La especie humana me considera el máximo exponente de la fobia al compromiso. Es irónico, porque si las cosas fuesen diferentes no me importaría asentarme. Pero con mi pequeña... afición, las relaciones a largo plazo son algo imposible. Ya es bastante difícil mantener en secreto mi verdadera naturaleza frente al mundo exterior. Jamás sería capaz de ocultar la verdad, y nada más que la verdad, mientras viviese con una mujer. *No es nada, cielo, duermo durante el día y merodeo toda la noche. Sin mencionar que bebo sangre y que nunca envejezco.* Por eso mis relaciones siempre son cortas y dulces. Intensas (probablemente porque sé que no durarán), apasionadas incluso, pero breves. Quizá por eso no lo he intentado con Connie. Temo que si empezase a salir con ella no quisiese parar. Supongo que tendré que ser un tío de aquí te pilló y aquí te mato con el tipo de mujeres que no esperan un «hasta que la muerte nos separe».

Un hombre de una sola mujer en el cuerpo no muerto de un mujeriego. ¡Qué grande es el amor!

Diez minutos después metí la grúa en el garaje y salí de un salto. Rennie estaba hurgando en el armario situado sobre la cafetera.

—Jack, no queda café.

—Mira en esa bolsa de la tienda que hay junto al fregadero.

Mi compañero en Mecánicos de medianoche, Rennie, lleva gafas de culo de vaso que siempre están tan embadurnadas de grasa que me pregunto cómo puede ver algo. Es bajo, lleva el pelo rapado, tiene un pecho fornido y es capaz de reconstruir un motor en menos de lo que canta un gallo. En ese momento estaba en mitad de una partida de póquer con algunos de los habituales.

«Los habituales», como los llama Rennie, son una colección de bichos raros (y tampoco tan habituales, en mi opinión) a los que, por alguna razón, les gusta pasar el rato en un taller nocturno. A veces me pregunto a qué se dedican, adónde van durante el día y, bueno, qué es lo que son exactamente. Pero ninguno me hace preguntas, como por ejemplo por qué soy capaz de levantar un coche por delante sin un gato, así que yo les devuelvo el favor. Supongo que por eso se sienten cómodos viniendo por aquí, donde casi siempre hay una jarra de café y una partida de cartas sobre la mesa. Estoy seguro de que algunos de ellos no son completamente humanos. Puedo oler a un cambiaformas a veinte pasos. Como Rufus, que nunca viene cuando hay luna llena; o Jerry, cuyas orejas parecen un poco puntiagudas cuando se quita la gorra de los Braves para rascarse su asqueroso cabello. ¿Qué tipo de cambiaformas son exactamente? ¿Quién lo sabe, y a quién le importa? Mientras no intenten comerse a los clientes, ¿quién soy yo para juzgarlos?

Aunque sea un solitario no me disgusta un poco de compañía de vez en cuando. Sobre todo una compañía que pueda decirme lo que ocurre en la ciudad cuando se apagan las luces de las mansiones que bordean las plazas, después de que la alta burguesía se haya arropado en sus camas antiguas con dosel y le haya pedido a Dios que los libre de todo mal... de gente como yo.

Un vampiro nunca es demasiado cuidadoso. Cuando entré en el taller, un tipo flacucho con aspecto de gusano llamado Otis estaba sentado a la mesa junto a Huey. Huey limpiaba coches y también era el mensajero general. Yo no diría que fuese tonto, pero tampoco había sido bendecido con una cantidad excesiva de neuronas. Si bien se quedaba en blanco a la hora de sumar una factura, era un alma alegre y agradable que recibía a cada cliente con una sonrisa y un apretón de manos grasiento, y a ellos les gustaba.

Otis se sobresaltó un poco cuando me senté junto a él y le hizo una seña a Rennie para que me incluyese. Otis nunca me mira directamente, siempre lo hace un poco de reajo. Creo que me tiene un poco de miedo. De hecho, hay tres o cuatro habituales que no vienen al taller si estoy yo solo. No les culpo por ello. Los tipos que no somos del todo humanos siempre identificamos a un tipo raro en cuanto lo vemos. O en cuanto lo olemos.

—Hoy tuve que limpiar los dos coches fúnebres de la funeraria —dijo Huey mientras se miraba la mano—. Fue un poco raro.

—¿Por qué, tío? —Levanté dos dedos y Rennie me lanzó dos cartas.

—Porque dentro llevan gente muerta —dijo Huey—. Los muertos me ponen la piel de gallina.

Rufus, que acababa de tomar un sorbo de café, casi se atraganta y escupió todo el café sobre las cartas. El resto intentaba con todas sus fuerzas no mirarme. Rennie movió el borde del labio.

—Todos moriremos algún día —dijo—. Creo que todos daremos nuestro último paseo en esos largos Cadillacs de cinco puertas.

Habla por ti, pensé.

—Yo quiero que me entierren en mi coche —dijo Huey reluciendo. Tenía la cara tan brillante a causa de la grasa que casi podía ver el reflejo de su mano de póquer en ella.

—Tú muérete —dijo Otis mientras sacaba una bolsa de Red Man del bolsillo y se metía un pellizco de tabaco picado en la boca—. Nosotros nos ocuparemos de que te entierren con tu coche.

Llevaba unos Dickies grasientos y una camisa de trabajo con un parche en el que ponía «Bud». Ni idea de quién demonios era ese Bud.

—¿Conoces ese almacén de antigüedades que está junto al río? —preguntó mientras mascaba.

Ese almacén de antigüedades pertenecía a William. Me preguntaba qué tenía que ver el negocio de William con Huey de camino a la tierra de la gloria en un Chevy Corsica.

—Hace una hora o así sacaron un barco al muelle y los tíos del almacén se pusieron a correr gritándose los unos a los otros. Me pareció escuchar algo, bueno, ya sabes, como cuando escuchas por casualidad parte de una conversación y de repente te sorprende una palabra.

—¿Cuál fue la palabra, Otis? —le pregunté con cautela. Él escupió un chorro de saliva mezclada con tabaco en un vaso de poliestireno por el espacio que le quedaba entre los dientes delanteros.

—*Mmm...*, pues «ataúd» —dijo—. ¿Crees que alguien querría que lo enterrasen en su barco? ¿Igual que Huey?

Aquello llamó mi atención. Debía de ser el barco de William.

Gente corriendo, gritando y hablando de ataúdes. Me retiré de la mano (de todas formas solo tenía una pareja de ochos) y fui a llamar al almacén. ¿Qué demonios estaría pasando?

Al sexto tono por fin alguien cogió el teléfono.

—Jack, gracias a Dios que llamas.

«Gracias a Dios» no era algo que estuviese acostumbrado a escuchar en la misma frase que mi nombre. Reconocí la voz de uno de los almacenistas de William, Al Richardson. Lo que me dijo a continuación hizo que mi sangre se enfriase más de lo habitual.

—Le encontraré —dije, y colgué.

Le murmuré a Rennie que volvería pronto, monté de un salto en mi Corvette descapotable, que estaba aparcado en el último muelle, y arranqué. Tenía que encontrar a William rápido porque se acababa de desatar el infierno. Literalmente.

Normalmente yo soy más fácil de encontrar que William, ya que sus gustos por las actividades nocturnas son un poco más peculiares que los míos y se niega en redondo a aceptar el concepto de teléfono móvil. No lleva en su ADN el estar disponible para cualquiera, sea cual sea la emergencia. Parece que siempre lo estoy persiguiendo por la ciudad por algo.

Y William no es fácil de encontrar. Podría estar en un evento benéfico de etiqueta codeándose con la flor y nata de la alta sociedad, o bien acosando a una alumna de un colegio mixto de arte que despertaría a la mañana siguiente sobre un banco de piedra en un cementerio colonial, pálida y lívida, con un lapsus de un par de horas en su memoria a corto plazo.

Entre sus muchas empresas, William tiene un pequeño negocio de importación de antigüedades que compra a precio de ganga a aristócratas europeos que están pasando por una mala racha. William vende los artículos a los nuevos ricos de Savannah, esos trepas que no tienen ninguna cara reliquia familiar propia, ya que la mayoría de ellos tienen donde caerse muertos desde hace relativamente poco tiempo.

Pero el negocio de antigüedades no es más que una tapadera para la mercancía europea realmente importante: los vampiros. No tengo ni idea de por qué abandonan sus castillos y sus palacios para venir aquí, pero al parecer existe un flujo continuo de vampiros viejos y ricos a los que William trae en su yate, siempre de uno en uno. Los vampiros no siempre se llevan bien entre ellos. Y nadie quiere que una estúpida competición sobre quién es más viejo o más rico se convierta en una guerra de vampiros con todas las de la ley en alta mar. La tripulación ya está lo bastante nerviosa con un ataúd por viaje.

Los importados tienen que ser ricos para poder permitirse lo que William les cobra. Estos vampiros del Viejo Mundo viajan en primera clase. Es como un crucero de Carnival Cruise para carnívoros. William les ofrece todo tipo de comodidades: sangre corriente fría y caliente. Joder, incluso pueden jugar al tejo bajo la luna llena, según tengo entendido.

Y la oferta incluye la presentación ante la sociedad de Savannah. Después de un tiempo normalmente salen al atardecer y visitan lugares que solo conocen ellos y William, quien cuenta con contactos en comunidades de vampiros de todo el país. De vez en cuando se cuele alguna alimaña europea, pero la mayor parte pertenecen a la clase alta. Y quédense con esto. Algunos incluso traen su propia tierra.

No sé qué tiene de especial colocar sus ataúdes sobre esa maldita tierra europea. Donde esté una buena arcilla roja de Georgia que se quite lo demás. Pero esa tierra tiene que tener algo que transmite poder. William no me quiere decir lo que es. Presiento que William no me dice muchas cosas. Maldito sea.

Ah sí, claro. Ya está maldito.

Intenta tratarme como su jornalero personal y me ha obligado a ayudarlo a preparar la gran fiesta que va a dar para su último vampiro importado. En mi opinión organizar fiestas es cosa de mujeres, pero por lo menos ya no me pide que aparque los coches en sus saraos. No desde que lo amenacé con patearle el culo. Puede que le haya jurado lealtad hace ciento cincuenta años, pero estoy cansado de ser su lacayo. Afortunadamente solo se ríe de mí cuando le llamo la atención. Supongo que tengo suerte de que esté de buen humor la mayoría de los días. Es viejo, muy viejo, y en el mundo de los vampiros eso significa poder. Podría aplastarme como a una cucaracha y lo sé, pero un hombre tiene que plantarse de vez en cuando, ¿no? Me trata con más respeto que antes, pero todavía estoy a su entera disposición y eso es algo que me corroe el alma. Bueno, si la tuviese.

William se da pisto mejor que nadie y toda la sociedad de Savannah estará en el famoso baile de beneficencia retro. Estamos construyendo una nueva ala en el hospital y un banco de sangre de última generación. Y para eso hace falta dinero. Mejor chuparles el dinero que la sangre, como suele decir siempre William. Será el banquete más suntuoso que estos sangres azules hayan visto jamás. Y el licor más caro correrá como lo hace el agua por el río Savannah. Solo existía un problema.

El almacenero de William me había informado de que el invitado de honor había desaparecido.

Di la última curva sobre dos ruedas y aparqué bajo el roble situado tras la puerta de hierro forjado de una respetable mansión de antes de la guerra. Pero las apariencias engañan. A pesar de que su Jaguar negro no estaba, sabía que él sí. A menos que William me bloquee, puedo olerlo dondequiera que esté. Como un sabueso. No sé si tiene esa capacidad de bloquearme por ser el vampiro que me creó. Como yo digo, William no me tiene muy al corriente, pero eso no ocurre con el resto de los vampiros. Salí del descapotable de un salto y eché un vistazo a lo que ocurría en la terraza posterior. Dos de las chicas de la casa se mecían lánguidamente en un columpio cuyas cadenas chirriaban como los grilletes de los esclavos fantasmas que a veces se escuchan en las marismas.

—Me encanta la forma que tienes de salir de ese Corvette, Jackie—dijo una prostituta con cara de niña y hermoso pelo rubio—. ¿Por qué no me llevas de paseo alguna vez?

—Sí te llevaré, querida, pero ahora no.

Me parecía que se llamaba Sally, pero no estaba seguro. Le guiñé un ojo a ella y a la otra, que hojeaba un número de la revista *People* e intentaba parecer lo más cara y recatada que puede parecer una puta.

Entré sin llamar. No soy lo que se llamaría un cliente habitual, pero he de admitir que he compartido la mercancía de estas damas en alguna ocasión. William viene a por sangre y yo solo a por sexo, ya que no disfruto con el tipo

de sufrimiento que infligimos al morder la carne humana viva. Ni aunque la víctima se muestre dispuesta. Y como soy mecánico, me gusta negociar los servicios, sobre todo si esos servicios son muy buenos. No es que necesite pagar por mantener relaciones sexuales, no me malentiendan. La última vez que vi mi reflejo, hace ciento cuarenta años ya, recuerdo una cabellera negra y unos ojos del azul de una llama de gas. A mi aspecto lo suelen denominar *Black Irish* o moreno irlandés, un producto de la mezcla de sangre de los franceses (probablemente contrabandistas y piratas) y los irlandeses. No digo que sea guapo, pero normalmente no espanto a las mujeres, a menos que decida enseñar los colmillos.

De hecho tengo reputación de mujeriego y de rompecorazones. No puedo evitarlo. Tengo un taller nocturno y un servicio de grúa. Eso significa un suministro inagotable de damiselas en apuros. A veces son muy, pero que muy agradecidas. No es que me aproveche. Ser vampiro significa tener que decir adiós siempre.

Los romances de William son un pelín más complicados. No quería ni pensar lo que hacía William dentro de la mansión. Tenía mis sospechas de que les daba a entender que era uno de esos góticos pervertidos a los que les gustaba fingir que es un vampiro de verdad y practicar juegos de sangre. A mí no me va eso, pero si esa es la manera en que William hace realidad sus perversiones, no es asunto mío. Una vez le pregunté por qué no traía vampiras y me lanzó una de sus miradas que decían «No me hagas preguntas y no te contaré mentiras» y cambió de tema.

Pensé que quizá no existiesen vampiras, una idea profundamente deprimente.

Cuando entré en la sala me encontré con algunas de las chicas intentando ligarse a hombres de negocios jadeantes y sonrojados que probablemente venían de otras ciudades a una convención en alguno de los grandes hoteles que se encontraban en la calle Bay. Otros usuarios tenían la mirada relajada de los clientes habituales, y se sentían como en su casa en la barra de caoba negociando servicios a la vez que bebían. El mobiliario y los accesorios transmitían la imagen apropiada: dinero y privilegio. Un burdel disfrazado con la respetabilidad de un club para caballeros.

Una joven bien vestida levantó la vista del libro de citas fabricado en cuero repujado que estaba hojeando y se levantó del escritorio antiguo que había pasado el vestíbulo.

—Jack, qué agradable verte de nuevo. No vienes demasiado por aquí. ¿Qué tipo de fiesta te interesa esta noche?

Estreché la mano que me ofreció. Sus dedos delgados eran tan suaves y tersos como un capullo de rosa en mi mano callosa. Su perfume asaltó mis aguzados sentidos de vampiro de una manera no del todo desagradable. Era una pena que hubiese ido por un asunto urgente.

—Esta noche no he venido a divertirme, querida. Tengo que ver a William. Es urgente.

Ashley levantó la mirada, como si pudiese ver los tocadores de los pisos superiores a través del techo.

—Me temo que lo interrumpirías en un momento inoportuno.

—Deja que yo me preocupe por eso.

Empecé a subir las escaleras y me encontré con William en el primer rellano. Llevaba una prístina camisa blanca en la mano mientras se limpiaba la sangre de la barbilla, el cuello y el pecho con un pañuelo de lino que tenía un monograma. Había sentido mis vibraciones, por así decirlo, igual que yo había seguido las suyas.

—¿Qué ocurre?

—Es el barco. Tu mercancía ha desaparecido.

Una mueca de enfado invadió sus suaves facciones.

—Tu último vam... digo, cargamento se ha esfumado junto con toda la tripulación. El *Alabaster* flotaba a la deriva río arriba, cerca de Lazarus Point. Algunos de tus chicos lo encontraron y lo remolcaron. Es un barco fantasma, William. —Entonces bajé la voz para continuar—. El ataúd está vacío. No hay cuerpos humanos. Sería mejor que vinieses a verlo.

Pasó por mi lado rozándome, pero no sin que antes viese su mirada asesina. Si había un mortal detrás de todo esto, pronto sería un envoltorio seco. Pero a mí no me parecía que fuese el trabajo de un humano.

Fui con él hasta el coche siguiendo sus largos pasos mientras se abotonaba la camisa.

—Ni un humano ni varios podrían haber hecho eso, ¿verdad? Llevarse a una tripulación entera y a un viejo y poderoso vampiro —le pregunté.

—No —dijo William mientras saltaba al asiento del pasajero.

—Debe de haber sido el propio vampiro. Pero, ¿por qué se iba a comer a la tripulación y perderse la fiesta de bienvenida?

William miraba fijamente hacia delante con una cara que ponía los pelos de punta.

—No tengo ni idea.

William estaba furioso, pero no pasaba nada mientras no lo estuviese conmigo. Cuando se enfadaba era de lo más astuto y fuerte.

—Tenemos un vampiro sin escrúpulos entre manos, ¿no?

Al decir estas palabras sentí un escalofrío por toda la espalda.

—Deja de hacer preguntas y conduce.

William

Una cosa es que te roben y otra que te interrumpen bruscamente el mitad de una noche interesante. Eleanor y yo estábamos llegando a la parte más excitante de nuestro juego de «mátame o te mato» y nunca se me hubiera ocurrido que Algernon Rampsley, el cargamento desaparecido, tuviese tan malos modales. Ah, pero los vampiros, igual que los humanos, supongo, se vuelven egoístas con los años.

Yo, por mi parte, soy más propenso a la ira que al egoísmo. Tengo que esforzarme para controlar los frecuentes brotes de ira que están a punto de cegarme en muchas ocasiones. Una migraña del alma, como solía llamarlo mi vieja amiga humana Tilly. Se negaba a considerarme incurable y durante los ochenta y cinco años que nos conocimos intentó poner en práctica varios remedios. Últimamente me había convencido para que viese unas charlas grabadas de la tele de alguien llamado doctor Phillip. Trataban sobre la gestión de la ira.

Intenté recordar cómo había propuesto el doctor Phillip que gestionase mi ira. Habría sido contraproducente desquitarme con Jack o con los hombres que trabajaban para mí. Cargamento desaparecido. Encontraría al verdadero culpable muy pronto. Si resultaba ser el propio Algernon, entonces estaba destinado a sentir mi disgusto. Mi pequeña empresa de importación y exportación se había vuelto más urgente durante los últimos cinco años y necesitábamos hacerlo mejor y más rápido. El diablo, sin detenerse en los detalles, nos esperaba a cada uno de nosotros con el infierno entre bastidores.

Mi meditación sobre la ira se detuvo en seco cuando, a la altura de la plaza Johnson, el coche de Jack se coló delante de un coche que iba más lento antes de darle la vuelta a la plaza a una velocidad que haría temblar el musgo español pegado a los robles. Por un momento eché de menos mi Jaguar. Nunca me han gustado los aparatos que hacen ruido. En mi opinión, la invención del automóvil fue un grave error. Donde esté un purasangre de sangre caliente que se quite lo demás. Pero a Jack le encantan estas máquinas.

—Si fuese mortal temería por mi vida —dije.

Jack sonrió haciendo brillar sus colmillos.

—¿Qué puedo decir? Me encanta despertar a estos vejestorios que duermen sobre montañas de dinero.

Redujo la velocidad al llegar al semáforo de la calle Bay. Decidí olvidarme del tema. En el improbable caso de que atrajese a la adormilada policía local, sería problema suyo. Y cuanto antes llegásemos al muelle, antes podría salir de ese vehículo.

Cuatro de los trabajadores nocturnos estaban esperando cuando el coche entró rugiendo por el portón de la dársena de Brampton-Thorne, que recibió ese nombre entorno a 1902 en honor a uno de mis supuestos antepasados. Debo admitir que ser mi propio antepasado es una manera única de ver la historia. El término «cláusula de anterioridad» también tiene sus recompensas. Una de ellas ser la primera propiedad privada a orillas del río comprada y pagada en la primera década del siglo dieciocho y más allá del control de las autoridades estatales actuales. Mientras no tengan razones para creer que se está tramando algo ilegal, ignoran por completo mi pequeño y exclusivo astillero. Después de todo, es propiedad de una de las familias más antiguas y más ricas de la ciudad (esa familia soy yo) desde hace más de doscientos años. Más tiempo de lo que nadie puede recordar.

He acumulado cinco casas, dos plantaciones y varios alias desde que llegué a la zona de Savannah. Me he mudado de una casa a otra cada cuarenta o cincuenta años, he cambiado de nombre y de afiliación y he modificado mi apariencia con la ayuda de una serie de amas de llaves cuando ha sido necesario. Se ha vuelto más fácil a lo largo de los años, debido al crecimiento de la población y al interés cada vez menor en la estructura social. Como siempre, cualquiera que tenga mucho dinero es bienvenido en los círculos más selectos sin demasiadas preguntas.

La naturaleza de mi empresa de transportes causaría una gran alarma si se conociese al completo. Y no estaba precisamente ansioso por enfrentarme a esa eventualidad.

Una nube de polvo, mezclada con un tufo apestoso a agua de río salobre rodeó el coche de Jack cuando nos detuvimos. En las leyendas humanas, los vampiros solo pueden oler la sangre para rastrear a los vivos que se van a comer. Pero nuestro sentido del olfato, mejorado al igual que otros rasgos antiguamente humanos, está mucho más acrecentado de lo que cualquiera pudiese imaginar. No solo podemos inhalar olores reales, sino que también olemos otras cosas, como las emociones y las historias. El río Savannah transcurre por estas orillas desde antes de que llegasen los ingleses, incluso desde antes de los indios, y los olores han ido cambiando según la época. Pero el olor original del lodo antiguo, del agua salobre y de los millones de criaturas marinas que viven y mueren allí, ha permanecido.

—Por aquí, señor —dijo el que era mi capataz desde hacía quince años, Tarney Graham. Giró en dirección al muelle. Jack le dio una palmadita en la espalda a otro de los hombres, Richardson, creo, y nos siguió.

El *Alabaster*, un yate de gama alta de ochenta pies, estaba amarrado al muelle exterior. Las escotillas estaban totalmente abiertas, pero no había luces en la cabina. Parecía que el barco hubiese sido abandonado a toda prisa. Me preguntaba por qué Tarney y la tripulación no lo habían traído a los puntos de amarre privados como siempre.

Tarney me ofreció una linterna de tamaño industrial.

—Si no le importa, señor... —dijo, y me hizo un gesto para que yo entrase primero. Tenía miedo. Podía olerlo y lo veía en sus ojos. Él había hecho su trabajo trayendo a casa el barco fantasma. Ahora era cosa mía.

—¿Jack? Conmigo —dije.

Uno de ellos nos entregó una linterna y se retiró hacia atrás mientras recorríamos la plancha hacia el barco.

En cuanto puse un pie en la cubierta comprendí por qué los hombres estaban asustados. El barco desprendía una sensación extraña, una presencia sofocante que reconocí. Durante un momento hasta yo me mostré reacio a dar otro paso.

—¿Qué demonios es esto? —murmuró Jack. Tenía que sentir algo de lo que yo estaba sintiendo, pero no conocería la fuente. Y a mí no me apetecía contárselo, por su propio bien.

Había sangre en la cubierta delantera cerca de una escotilla y más junto al timón. Pero eso no era nada comparado con la fibra de vidrio chamuscada y las cenizas negras de lo que solo podía ser un vampiro tendido entre las cadenas del ancla en la plataforma de popa. Algo que parecía una estaca, que había sido hendida con tanta fuerza que parte de ella había sobrevivido al fuego, permanecía en pie clavada en la superficie reblandecida y abrasada de cubierta. Me incliné y la cogí.

—¡Jesús, María y José! —dijo Jack sin aliento. Después de todo, su vida había comenzado siendo el hijo de un irlandés católico y había visto muchos derramamientos de sangre humana antes de convertirse en vampiro. Pero ver los restos de un vampiro casi imposible de matar debió de ser una sorpresa cruel. La mayoría de los inmortales tendían a olvidar su peculiar vulnerabilidad. Pero yo jugaba con las mías. Sujetando el fragmento de roble, levanté una mano para pedir silencio. Dejé que la conciencia del mal me guiase y hablé en una lengua dura, punzante y prohibida desde hacía mucho tiempo. Reconocí su lengua blasfema y con él la presencia de un viejo enemigo. Reedrek.

La última vez que había visto a mi querida Diana también había estado en su presencia. Gritó... y murió, levantando las manos hacia mí.

«¡William, por el amor de Dios, haz algo! ¡Ayúdanos!», gemía mientras Reedrek le rasgaba la ropa y el cuello.

Luego fue a por nuestro hijo.

Y yo, despierto pero incapaz de hablar ni de moverme, no había podido salvarla a ella, a Will o a mí mismo. Los habría matado a ambos con mis propias manos antes de ver como su vida terminaba de manera tan brutal.

«Mi vida por la de ellos», había ofrecido como un estúpido, haciendo un trato de caballeros con un monstruo. En lugar de cumplir el trato, había actuado con las malas artes del mismo demonio. No solo había matado a mi familia, sino que al hacerme a mí inmortal, había plantado con regocijo el recuerdo de sus muertes agonizantes en mi memoria para toda la eternidad.

Desde ese día llevaba sobre mis hombros un odio ferviente, como si de una capa se tratase. Y también sentía ira por la propia vida, porque al crearme, Reedrek se había ganado un protegido apenas humano mientras se protegía a sí mismo. Por mucha ira y odio que corra por mis venas malditas, un descendiente de sangre nunca puede matar a su maestro.

Ahora sentía como despertaba la vieja ira... mis sentidos intensificados me decían que algo peor que la muerte había visitado el *Alabaster*.

Envolví el trozo de la estaca chamuscado en mi pañuelo y lo metí en el bolsillo de la camisa, cerca de mi corazón sin latido. Tenía que seguir concentrado. Cuando toqué el pasamanos de la pasarela los gritos de mi cabeza se hicieron más fuertes y resonaron a través del latón pulido como un diapason.

Reedrek.

Mi creador, mi supuesto maestro, la razón de mi existencia y el objeto de mi rencor. Aunque la sangre negra de Reedrek corra por mis venas, no es mi padre mortal. Su traición había asolado mi corazón para siempre. Si había puesto un pie en este continente, estaba seguro de que había sido para buscarme, para llamarme. Pero, ¿cómo había llegado a mi barco?

Abajo estaba oscuro. Alumbré la galería y la zona del salón comedor con la linterna. La puerta que llevaba al lugar donde estaba el cargamento personalizado estaba entreabierta. La escotilla interior, más resistente, construida para soportar cualquier desastre normal, tenía los cerrojos dobles de seguridad destrozados.

—¡Puaj! ¡Vaya peste! —dijo Jack.

Esa es otra ventaja que tienen los vampiros sobre los humanos, además de ser más difíciles de matar. Al morir, los vampiros arden limpiamente hasta convertirse en cenizas. Los humanos son demasiado jugosos, deben descomponerse.

Aparté a un lado lo que quedaba de la escotilla y entré en la zona del cargamento. Se podría decir que el lugar era espacioso, de no ser por el ataúd de caoba grabada de más de dos metros de largo que descansaba sobre un abrevadero elevado, lleno de tierra. Los gritos de mi cabeza se iban desvaneciendo, una prueba de mi manchada pero poderosa sangre del Nuevo Mundo. Le di la linterna a Jack antes de inclinarme para pasar la mano por la elegante y pesada tapa, con incrustaciones de oro, que habían apartado hacia un lado. Un precioso trabajo a mano. Algernon siempre había tenido buen gusto. Antes de levantarme cogí un puñado de tierra. Hacía más de una vida que había pisado suelo inglés. Agarré la tierra viciada y maloliente e inspiré el olor persistente y familiar de Derbyshire, de la familia, del hogar. Había vivido lo suficiente como

para darme cuenta de que, cuando somos humanos, nuestro lugar de nacimiento queda en cierto modo grabado en nuestras células. Ni siquiera haber vivido durante más de quinientos años podía borrarlo de mi memoria.

—¿Crees que el viejo Ambrose se puso hecho una fiera por estar encerrado? —preguntó Jack—. ¿Estás seguro de que no le daban miedo los lugares estrechos?

Jack sabía igual de bien que yo que hacía falta más que la fuerza de un vampiro normal para causar tal destrozo en la puerta.

—O quizá su apetito estaba por encima del contrato que firmó contigo —me dijo.

No había razones para ello. La cabina estaba equipada con varias jaulas de cristal con animales vivos. Jack los llamaba 'las tres ces': conejos, cobayas y comadreas. Y había suficientes como para tener contento a un vampiro durante un mes o más. Luego estaba la nevera, en la que siempre había más de cuatro litros de sangre humana cuando zarpaba de la costa irlandesa. Jack abrió la puerta. Quedaban menos de dos.

Tiré la tierra y me limpié las manos.

—Es Algernon... no Ambrose.

En cuanto lo dije me di cuenta de que debería haber dicho que era Algernon, en lugar de «es». Los restos del vampiro de la cubierta seguro que eran los suyos. Pero, ¿qué había ocurrido? ¿Quién le habría clavado una estaca?

Ni un humano ni cuatro podrían haberlo hecho. En mi opinión solo podía haber sido Reedrek. Parecía que mi pequeño y exitoso negocio de contrabando se había visto comprometido.

—Sigue el olor —dije.

Solo llevó un momento.

—Bingo —dijo Jack desde el otro extremo de la habitación. El armario más alto estaba lleno de lo que parecía una ternera masacrada. De aquella carnicería sobresalía una mano humana que todavía llevaba puesto un reloj de pulsera.

—Es uno de los miembros de la tripulación —añadió Jack.

Maldita sea.

Volví a cubierta con Jack siguiéndome. Cualquier prueba perceptible de alguna presencia se desvaneció en cuanto puse un pie en el muelle. No había ninguna estela que seguir ni ningún ritmo que adivinar. Si Reedrek se había escondido y se dirigía a Savannah podría haber abandonado el barco en cualquier momento durante la noche. Lo más probable es que lo hubiese hecho cerca de Lazarus Point.

—Aquí no hay nada más que hacer —le dije al pequeño grupo de hombres que esperaban instrucciones—. Quiero que remolquéis el barco hasta aguas profundas y que lo hundáis.

Por la cara de Tarney, parecía como si le hubiese pedido que cometiese un asesinato.

—Pero señor, podemos traerlo a su amarre y repararlo.

Pensé en el horrible cargamento que contenía y en la reacción lógica que tendrían los hombres.

—Quiero que lo voléis en pedazos.

Por el rabillo del ojo vi la cara de Jack, una mezcla de excitación y de conmoción. Al leer sus emociones supe que sentiría la pérdida del *Alabaster* tanto como yo. Pero el niño que llevaba dentro disfrutaría haciendo saltar por los aires algo tan grande. El doctor Phillip probablemente habría dicho que Jack nunca había perdido el contacto con su niño interior.

—¿Y qué pasa con los agentes de la ley? —preguntó otro de los hombres.

—Puede que les interesase, si los invitase a merodear por aquí. Pero no es algo que vaya a hacer.

—¿Y la tripulación? —preguntó Tarney—. Cuando ese barco zarpó de aquí había cuatro hombres a bordo.

Uno de los cuales seguía allí. Me di la vuelta para ver de frente el casco vacío y abandonado del *Alabaster*, uno de mis juguetes favoritos. Los restantes miembros de la tripulación seguro que estarían tan muertos como Alger. Reedrek solo estaría calentando su frío corazón para la matanza.

—Sí, los hombres... —dije, mirando de nuevo a Tarney. No se podía hacer nada más. La policía no ayudaría a resolver aquellos crímenes en particular—. Informa de su desaparición una vez que el barco haya sido destruido.

—Pero...

—Leyeron y firmaron los contratos, igual que el resto de vosotros. Llorad su muerte, abrid sus taquillas y pagad sus deudas. Eso es todo lo que podemos hacer.

Había tomado por costumbre contratar a hombres sin ataduras que se encontraban en el lado oscuro de la ley. Sin familia, sin raíces. Sin nadie que los buscara si caían al otro lado del océano. Mis empleados recibían un buen sueldo y estaban protegidos por mi reputación. A cambio, mantenían la boca cerrada sobre mis negocios en el puerto deportivo o sobre mí mismo. Sin embargo, ninguno sabía que al firmar esos contratos era casi como si vendiesen su alma.

A mí.

—Averiguaré quién ha hecho esto.

Tarney asintió, pero podía ver que no estaba contento. Puede que la lealtad bien pagada no fuese suficiente si volvía a ocurrir algo similar.

Mi ira se encendió un poco más. El que había causado este desastre estaba sacando la parte más peligrosa de mí. Entre mi perverso padre y yo nunca había habido amor. Si me había encontrado tenía que prepararme. Reedrek no perseguía mi corazón, sino mi equilibrio y mi cordura. Hay cosas peores que la muerte y Reedrek era un maestro encontrando la tortura perfecta y más duradera para sus enemigos. Llevaba trescientos años desafiándolo desde mi período de aprendiz y no tenía ninguna intención de volver a ser su víctima.

Aunque no era habitual en mí, saqué mi reloj de bolsillo, herencia de un supuesto antepasado, y miré la hora. La verdad es que no lo necesitaba, ya que podía sentir cómo giraba la tierra, la aproximación de otro día. Faltaban cuatro horas para el amanecer.

—Jack, ya sabes lo que hay que hacer. Saca las cintas de seguridad y cualquier papeleo que encuentres, las cartas de navegación, el GPS y el disco duro del ordenador. Te recogeré en el paseo del río en Lazarus Point dentro de tres horas.

Por una vez, Jack no discutió conmigo, hasta que le pedí las llaves del coche.

—De ninguna manera. Dejarás trozos de la transmisión por toda la calle Bay.

Odiaba cuando Jack se enfrentaba a mí delante de otra gente. Este hombre no tenía ningún sentido del lugar ni del decoro. Pero bueno, ¿qué podías esperarte de alguien cuyo mayor deseo era convertirse en piloto de carreras? A veces era más humano de lo que yo recordaba haber sido. Esa era una de las cosas de Jack que yo protegía escrupulosamente, sin que él lo supiese, por supuesto. A veces me arrepentía de ocultarle tantos asuntos oscuros. Pero esta no era una de esas ocasiones. Extendí la mano para que me diese las llaves.

Él se las tiró a Richardson.

—Deja que Richardson te lleve a casa. Luego puede traerme el coche y dejarlo aquí.

Parecía que Richey, como le llamaba Jack, preferiría subirse al *Alabaster* y meterse en el ataúd vacío antes de meterse en un coche conmigo. Incapaz de negarse, me lanzó una mirada rápida y luego dio dos pasos hacia atrás.

No estaba de humor para mimar a ningún humano más.

—Sube al coche —le ordené en voz baja, y dejé que Richey sintiese una pequeña dosis de mi ira. Se fue corriendo hacia el Corvette.

—¿Cómo haces eso? —dijo Jack sacudiendo la cabeza.

A Jack le hice ver más que un pequeño atisbo de mi descontento. Dentro de lo poco que podía soportar en ese momento, la pequeña rebelión de Jack no estaba incluida.

—Práctica —le respondí, y luego añadí—: Tienes tres horas.

Él fue sensato y asintió.